

Un lugar donde las personas se atreven a soñar

La Escuela de Personas Adultas La Verneda-Sant Martí es un singular proyecto educativo y social impulsado por los vecinos de este barrio barcelonés, a quienes brinda mucho más que una segunda oportunidad para aprender. Ellos integran los órganos de decisión y diseñan la oferta formativa; se inscriben para aprender y luego se quedan para enseñar. Todos tienen algo que aportar a esta escuela, donde la igualdad y la solidaridad son más que meros conceptos.

Judith Casals, periodista

A Fernando Verano se le hacía cuesta arriba volver a estudiar. Nadie le obligaba a hacerlo, pero a sus 39 años, se vio en la necesidad de tener el Graduado de Educación Secundaria (GES) para mejorar su situación laboral. Aunque con algo de desgana, se inscribió en la Escuela de Personas Adultas La Verneda-Sant Martí de Barcelona, en el barrio donde reside. Su paso por el centro tenía que ser, en teoría, puro trámite: “Fui simplemente a sacarme un título”. Ahora, acabado el curso, tiene una “guerra” con su mujer porque quiere seguir estudiando. “A las dos semanas de empezar las clases cambié el *chip*. Descubrí que era capaz de poner interés en el estudio y que me gustaba

aprender”. Verano puso de su parte, pero está convencido de que ese cambio de mentalidad fue sobre todo obra de la escuela y de su gente. “Ahora entiendo por qué hay cientos de personas en lista de espera para inscribirse”.

Un sueño hecho realidad

¿Qué tiene de especial esta escuela que, como otras, da una segunda oportunidad a personas desde los 18 hasta pasados los 70 años, que proceden del fracaso escolar o que jamás han



El eje pedagógico de la escuela es el aprendizaje dialógico: Valentina, a la izquierda, comenta un ejercicio con Fernanda

Montserrat Fontich.

ido al colegio? ¿Qué tiene de especial para que la mayoría descubra o recupere las ganas de aprender y luego se resista a abandonarla? Sus integrantes lo sintetizan con un lema: es una escuela donde las personas se atreven a soñar.

De hecho, la escuela en sí misma es un sueño hecho realidad por el movimiento vecinal que la impulsó en 1978, y que todavía hoy la mantiene en pie. Fue entonces cuando se definieron sus principios básicos, los mismos que rigen en la actualidad, y que quizá explican que haya cientos de personas en lista de espera: la escuela está siempre al servicio de las necesidades de los vecinos del barrio; la toma de decisiones está abierta a todos los que la integran, y la enseñanza, gratuita, se apoya en la pedagogía de Paulo Freire.

Aunque la escuela forma parte de la red de centros educativos de la Generalitat de Catalunya, son sus integrantes quienes la gestionan. Con esta finalidad se crearon a mediados de la década de 1980 dos asociaciones, Àgora y Heura, esta última exclusivamente de mujeres. Había que asegurarse de que la escuela continuaría siendo un proyecto de la gente del barrio y para la gente del barrio, explica Elisenda Giner, una de las educadoras. La escuela no es sólo un proyecto educativo, sino también social, que forma parte de la coordinadora de entidades de La Verneda, VERN, desde la que se organizan todo tipo de actividades y se reivindican mejoras para los vecinos.

Àgora y Heura suman en la actualidad unos 1.600 miembros. La escuela los denomina *participantes* y entiende como tales a todas las personas que siguen un proceso de formación en el centro. Todas están invitadas a tomar parte en los órganos de decisión.

El más importante de estos órganos es el Consejo de Centro, que se reúne cada mes y medio y decide las actuaciones a corto plazo, como la oferta formativa o los horarios. En ese foro, son los participantes quienes debaten la conveniencia de ampliar las clases de alfabetización o crear un nuevo taller de catalán, por ejemplo. “Es una escuela democrática y participativa, en la que los educadores ponen en marcha los proyectos que los participantes consideran que corresponden a las necesidades del grupo”, explica Giner. ¿Y los recursos? “Cuando se detecta una necesidad se busca la forma de financiarla”, dice la educadora. Las asociaciones Àgora y Heura se encargan de ello, participando en múltiples proyectos municipales, autonómicos, estatales y europeos.

El último Consejo de Centro se convoca a principios de junio, un día antes de acabar el curso, para diseñar la Escuela Abierta, es decir, las actividades que se llevarán a cabo durante el mes de julio –la escuela sólo cierra en agosto–.

Poco antes de empezar la reunión, la quinta planta del Centro Cívico de Sant Martí, donde está ubicada la escuela, parece un desierto, pues se han suspendido las clases para poder asistir al Consejo. Pero abajo, en el vestíbulo, los dos ascensores no dan abasto. En cuestión de minutos la escuela de adultos se convierte en un hervidero. Ramon Flecha, otro educador, orienta a la concurrencia hacia el aula del fondo del pasillo. Los participantes, gente mayor básicamente, toman asiento. Son una aplastante mayoría de mujeres que han acudido a la reunión preparadas: enseguida empiezan a desplegar sus abanicos para aliviar la sensación de bochorno. La estructura del aula, en forma de ele, impide que las aproximadamente 70 personas que han acudido se puedan ver las caras y les obliga a subir el volumen de sus intervenciones.

Salta a la vista que no están presentes los 1.600 participantes, pero a nadie le extraña, pues siempre se designa a uno o dos delegados por clase que acuden a la reunión en representa-

Un proyecto del barrio y para el barrio

Para comprender la singularidad de esta escuela hay que viajar en el tiempo hasta sus orígenes, en plena transición democrática, cuando los vecinos de La Verneda -un barrio deprimido del distrito de Sant Martí, eminentemente obrero, inmigrante y analfabeto- decidieron que había llegado la hora de hacer sentir su voz. “Esto era un desierto, no había nada. Cuando salíamos del barrio para ir al centro de la ciudad, decíamos que íbamos a Barcelona”, recuerda Fernanda España, de 64 años, alumna de la escuela.

Fue en 1978 cuando el movimiento vecinal pidió poder utilizar un edificio que había pertenecido a la Sección Femenina del Movimiento y que, entonces, cuando la democracia daba sus primeros pasos, permanecía cerrado y sin utilidad. Los vecinos querían convertirlo en un espacio que diera cabida a aquellos servicios de los que el barrio carecía. Soñaban con tener una guardería y una escuela para sus hijos. Y también un centro en el que ellos, los adultos, pudieran aprender.

La lucha no dio sus frutos hasta cuatro años más tarde. El edificio franquista se transformó en el Centro Cívico de Sant Martí y cada una de sus seis plantas sirvió para dar respuesta a las necesidades del barrio. La quinta pasó a albergar la escuela de adultos, que ya hacía tiempo que se había puesto en marcha. Los vecinos no se quedaron de brazos cruzados a la espera de que la Administración atendiese sus demandas y las clases para adultos empezaron ya en 1979. A falta de un espacio, eran clases ambulantes. Unas veces se impartían en un instituto, otras en el ateneo o en el Ayuntamiento e incluso en la calle. Ese ir y venir no fue un obstáculo para el despegue de la escuela, más bien al contrario. En tan sólo un año (1980) se habían matriculado 400 personas y la Administración había destinado a tres docentes.

ción de su grupo, aunque puede ir quien lo desee. Fernando Verano, por ejemplo, asiste siempre que puede, pero en esta ocasión le ha sido imposible por motivos laborales. No le preocupa: sabe que el delegado o cualquier otro compañero lo pondrá al corriente.

Participar para decidir

En el Consejo de Centro nadie ocupa un lugar central ni lleva la voz cantante. Ana María Rica, una de las participantes, se limita a enunciar los puntos del orden del día e inmediatamente la sucede quien ha organizado la actividad de la que se trata o quien quiere intervenir. Antes de hablar de la Escuela Abierta, se hace un repaso de los actos que están a la vuelta de la esquina. Al cabo de dos días se celebrará la fiesta de fin de curso: “Por la mañana, todas a jugar a fútbol”, anuncia una asistente. “Bueno, por lo menos hay que ir a aplaudir”, matiza para tranquilizar a muchas de las participantes. “Y por la tarde, la fiesta. Hay que llevar bebidas, pero también comida porque habrá baile y ya sabéis que siempre acabáis cansadas y hambrientas”, les advierte.

Rica pasa al siguiente punto, la fiesta intercultural que se ha preparado para la otra semana. Ella misma hace una lectura apresurada de la programación. Durante tres días, los partici-



Montserrat Fontich.



Montserrat Fontich.

“A las dos semanas de empezar las clases cambié el *chip*”, explica Fernando Verano. La escuela invita a cada persona a encontrar lo que busca

pantes de la escuela realizarán todo tipo de talleres en la calle. Serán algunos de los que se ofrecen en la escuela, como manualidades, sevillanas o tertulias literarias. También está previsto visitar el Parque Güell, un poblado ibérico y el Museo Etnológico de Montjuïc. “Las salidas son frecuentes porque también colaboran en su formación”, explica Montse Sánchez, una de las educadoras presentes en el consejo. Por eso, la reunión se aprovecha para hacer balance de dos viajes que se acaban de realizar: a Tarragona y a Salamanca.

Mientras tanto, una hoja corre de mano en mano. La comisión de actividades de la escuela y las juntas de Àgora y Heura han propuesto la celebración de algunas festividades, además de las tradicionales como Navidad y Carnaval. El delegado de cada clase se encarga de anotar en la hoja las diez que su grupo ha elegido—desde el Día Mundial de la Salud hasta el Día Internacional de la Alfabetización—y luego se seleccionarán las que hayan obtenido mayor aceptación.

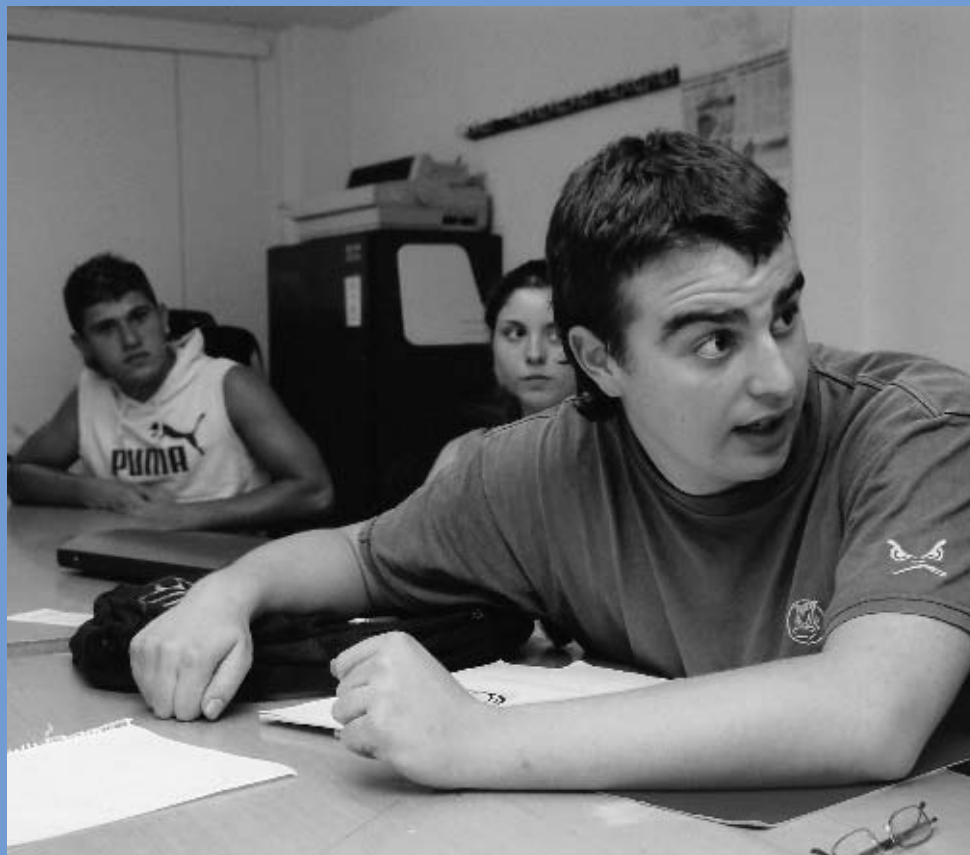
También son los delegados quienes a continuación dan a conocer las actividades que su grupo propone para la Escuela Abierta. Las hay para todos los gustos: tertulias literarias en catalán y castellano; clases de Matemáticas, Inglés e Informática; talleres de pintura, fotografía, yoga, tai-chi, etcétera. “Nosotras proponemos hacer bailes de salón porque con el tiempo una se olvida de los pasos”, señala una participante. “Nosotras pedimos más de leer”, apunta otra. “Sí, nuestro grupo también, más de leer y clases para hacer menos faltas de ortografía”, se oye desde el otro extremo del aula. Una de las participantes pide la palabra para lanzar una advertencia, casi en tono de amenaza: “El último verano pasé mucho calor y si no me aseguráis que habrá ventiladores, yo no vuelvo”. Enseguida se acuerda que cada cual intentará rescatar algún ventilador de casa para llevarlo a la escuela. Y se decide, además, que las actividades se concentrarán a primera hora de la mañana y a última de la tarde para esquivar las temperaturas elevadas.

Antes de concluir, Sánchez, la educadora, propone crear “un punto de encuentro”, es decir, reservar un espacio para colgar un cartel en el que se invite a hacer alguna actividad en grupo. “Yo sé que a alguien le gusta mucho ir a coger mejillones, y quizás prefiere ir acompañado”, dice con una sonrisa en los labios. “Y lo mismo para ir al teatro o a pasear”, añade. “Conmigo no contéis”, dice Manuela Truyo, en un inconfundible acento andaluz, mientras se abanica. “Yo me voy a mi tierra, Sevilla, aunque si queréis podéis venir”, aclara.

Finalizado el Consejo de Centro, no queda claro qué se hará exactamente en la Escuela Abierta. Se han ido lanzando propuestas, pero no ha habido ni una sola votación para ratificarlas o rechazarlas. “No se vota en ningún órgano de la escuela. Las decisiones siempre se toman por consenso, con argumentos”, explica la educadora. De modo que tras la reunión, dado que nadie ha mostrado su desacuerdo, hay que apañárselas para diseñar una programación acorde con las demandas de los participantes, siempre que esté garantizada la asistencia de un mínimo de personas”.

Una oferta casi ilimitada

Una de las máximas de la escuela es que todos encuentren en sus aulas lo que necesitan o les interesa. En este sentido, la filosofía del centro es muy clara: la educación es un derecho fundamental y, como tal, tiene que ser gratuita y estar garantizada a cualquier persona, independientemente de su lugar de origen y de su situación legal. “Me pongo en la piel de un inmi-



Montserrat Fotnrich.

No hay barreras: todo el mundo puede expresar sus opiniones con libertad

grante y pienso que esta escuela es como un regalo. Lo primero que necesitan es aprender el castellano o el catalán y aquí pueden hacerlo gratis y sin necesidad de tener los papeles en regla”, dice Fernando Verano, que sólo tiene elogios para hablar de las personas extranjeras que ha conocido en la escuela. Y recuerda la vez que un compañero de clase de origen marroquí se pasó toda la tarde esperándole en el centro, para devolverle los apuntes que le había dejado el día anterior. “Eso lo hace muy poca gente”, afirma Verano.

Por otra parte, responder a las necesidades e intereses de los participantes implica también prolongar al máximo el horario de apertura del centro –desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche– y disponer de una oferta casi ilimitada. Además de las clases de los niveles iniciales, Alfabetización, Neolectores y Certificado, que son los prioritarios, se ofrecen cursos para obtener el Graduado de Educación Secundaria (GES) y preparar las pruebas de acceso a la universidad y a ciclos formativos de Grado Superior, así como cursos de Formación Ocupacional.

Pero a todo ello hay que sumar una larga lista de talleres –unos 30– relacionados con los idiomas (catalán, castellano, inglés, francés, alemán, gallego, árabe y portugués), con la literatura (tertulias sobre literatura universal, mujeres escritoras, cibertertulias), con el baile (sevillanas, sardanas, bailes de salón), con técnicas artísticas (cerámica, manualidades, pintura), con actividades físicas (yoga, condicionamiento), etc. Y el punto Òmnia, el aula de Informática, donde los participantes se familiarizan con los ordenadores y las nuevas tecnologías.

La pregunta es inevitable: ¿Cómo se las ingenian para impartir esta amplia y variada oferta formativa? La escuela cuenta con

siete docentes funcionarios y otros siete contratados por Àgora y Heura. Pero está claro que no son suficientes. El engranaje de la escuela funciona también gracias a la colaboración de unos 130 voluntarios, que asumen que su tarea no será recompensada económicamente y que, como los participantes, tienen voz y voto en todos los órganos decisorios de la escuela. Son jóvenes que han estado en periodo de prácticas y deciden quedarse, profesores e investigadores del ámbito universitario o cualquiera que tenga ganas y tiempo para colaborar.

Sin embargo, una parte importante de los voluntarios son personas que acudieron por primera vez a la escuela en busca de algún tipo de formación y luego se animaron a participar en este singular proyecto. Ana María Rica, de 63 años, es una de ellas. Se inscribió en el curso 1995-1996 para sacarse el GES. Lo acabó en dos años y se apuntó a otras actividades. Empezó con una tertulia literaria. “Me enteré de que leían *Don Quijote de la Mancha* y hacía siglos que lo tenía en casa sin abrirlo”, explica. Pero aunque le gusta leer, lo suyo son las manualidades, y de eso va el taller que ahora coordina. También ha formado parte de la comisión de fiestas, de la junta de Heura, etc. “Es que ya no sé vivir sin la escuela”, confiesa.

Paco Martínez, de 40 años, hizo un recorrido similar. El primer contacto con la escuela lo tuvo a finales de los ochenta, cuando fue a cursar el GES. Más tarde, se ofreció para dar clases de Historia y este último curso ha combinado su faceta de profesor con la de estudiante, pues se ha estado preparando en la escuela para dar el salto a la universidad.

Para Ángela Segura, la escuela se ha convertido en su “segundo hogar”. Esta andaluza de 68 años empezó asistiendo a

Varias mesas pegadas conforman un único pupitre y fomentan el debate. En la foto, Fernando con su grupo de clase



Montserrat Fontich.

las clases de Certificado y ha acabado leyendo, entre otros, a Franz Kafka y Ernest Hemingway –*El viejo y el mar* es la obra que más la ha marcado porque la reafirmó en la certeza de que “la gente mayor puede hacer lo que quiera”-. También ha coordinado tertulias cibernéticas con personas del extranjero y ha dado charlas en las universidades que les invitan a dar a conocer la experiencia de la escuela. Gracias a ella, dice, ahora puede intercambiar libros con sus hijas o navegar por Internet con su nieto.

“Es más que un lugar para aprender”, afirma Said Benhacem, un marroquí de 26 años que dejó a medias la carrera de Derecho para emigrar a España en 2002. Se inscribió en la escuela para aprender a hablar castellano y ahora él enseña su idioma, el árabe, los miércoles por la tarde.

Se trata, en definitiva, de que cada cual se sienta a gusto en la escuela y aporte su granito de arena.

Entre iguales

“En esta escuela, la solidaridad y la igualdad son más que meros conceptos”, afirma Montse Sánchez. Se ponen en práctica a diario y en cualquier espacio, ya sea en el Consejo de Centro o en el aula. “La suerte que tenemos en esta escuela es que podemos participar y expresar lo que nos pasa por la cabeza”, dice Segura, que valora sobre todo el trato entre profesorado y alumnado. Lo mismo opina Fernando Verano: “No hay barreras entre unos y otros”. No en vano lo que más recuerda de su primer día de clase es el rato que tardó en identificar a la profesora entre el alumnado.

En las aulas no hay un espacio específico para el educador. Varias mesas pegadas conforman un único pupitre en el que tanto profesorado como alumnado se mezclan sin distinción. En la clase de Certificado, por ejemplo, Valentina, una joven educadora italiana que colabora con la escuela, está sentada junto a Fernanda España, de 64 años, Manuela Truyo, de 69, y Antonia, de 63.

El eje pedagógico de la escuela es el aprendizaje dialógico. El diálogo entre iguales, de tú a tú, es la herramienta por excelencia. Así funciona el Consejo de Centro y así funciona el aula. “Se aprende de lo que explica el profesor pero también se aprende de los demás participantes”, dice Paco Martínez. Rosa Guardia, de 29 años, estuvo en otro centro antes de inscribirse en esta escuela para obtener el GES. “No tienen ni punto de comparación”, explica. Tampoco se asemeja en nada al colegio y al instituto en los que había estudiado: “No podía hacer cosas en grupo ni ayudar a mis compañeros. Aquí, en cambio, se tiene claro que todos tenemos algo que aportar a los demás”.

Y así es. Manuela está hecha un lío con la clasificación de palabras según sean agudas, llanas o esdrújulas. Tanto ella como Fernanda y Antonia han dibujado tres columnas en sus libretas para colocar los vocablos que vienen en el cuaderno. “Máquina”, dice Manuela en voz alta, mientras Valentina ayuda a Fernanda. “Va en la última columna ¿verdad, Antonia?”, continúa. “Diría que sí. Fíjate donde está la tilde”, le contesta su compañera. Y juntas llegan a la conclusión de que, efectivamente, debe ir en la última columna, la de palabras esdrújulas. “Es que lo hicimos a principios de curso y es normal que se olvide”, argumenta Antonia. Cuando por fin se han acabado las pa-

La quinta planta, una gran familia

Jonas Fellak tiene 22 años y hace casi tres que llegó a España sin hablar ni pizca de castellano. Un amigo le recomendó aprenderlo en la Escuela de Personas Adultas La Verneda-Sant Martí y ahora ya lo habla con fluidez y está decidido a sacarse el Graduado de Educación Secundaria (GES). Pero las clases no son su único vínculo con la escuela. “He venido para estudiar, pero sobre todo he encontrado amigos y confianza. Me gusta porque todos somos iguales, no hay diferencias. Vivimos como una familia”. Las palabras de Fellak no son un cumplido, pues desde que se matriculó no ha pasado ni un solo día sin que este joven haya ido a la escuela. Todos los días, aunque no tenga clase, encuentra un momento para ir al centro y saludar a sus compañeros.

La verdad es que no es difícil sentirse como en casa en la quinta planta del Centro Cívico de Sant Martí, incluso cuando se aterriza allí por primera vez. De entrada, ya sus dimensiones la hacen acogedora. No hay posibilidad de perderse en un único pasillo recto al que comunican sus ocho aulas. Quizás por eso no se puede pasar desapercibido y el saludo está garantizado. Da igual quien entre o quien salga, todo el mundo se conoce, todo el mundo tiene algo que decirse. “Es como una familia”, insiste Fellak.

labras por clasificar, Valentina revisa la libreta de Manuela. Resulta que ha escrito dos veces *están*, en la columna de las agudas y en la de las esdrújulas. La alumna ya no se ve con fuerzas para continuar: “Dime tú cuál de las dos tengo que borrar”. Valentina accede, pero no sin antes explicarle el porqué.

“En otros centros, las cosas se explican una vez y ya se dan por sabidas”, dice Guardia. En su opinión, la escuela tiene, además, otro valor añadido: la evaluación. Se trata, de hecho, de una autoevaluación. Jamás se han realizado exámenes. La escuela entiende la evaluación como un elemento más del proceso educativo y, como tal, son los alumnos quienes valoran sus avances o retrocesos. Las pautas para evaluar son la asistencia, la participación y la entrega de los trabajos, formando esto un proceso de autoevaluación.

“Es nuestro método, y más allá de lo idílico que pueda parecer,

da resultado”, dice Montse Sánchez. El porcentaje de alumnos que superan el GES y las pruebas de acceso a la universidad es del 50%. Pero para Fernando Verano, el título que fue a buscar cuando entró en la escuela ya no es importante. En realidad, a mitad de curso ya no lo necesitaba porque encontró un nuevo empleo. Pero ni se le pasó por la cabeza abandonar las clases. “Antes de entrar en la escuela ya me consideraba bastante persona, pero aquí he dado un paso de gigante. Ahora soy más persona, y éste es el mayor título que me llevo”, concluye con los ojos húmedos.

Escola de Persones Adultes de La Verneda-Sant Martí

Selva de Mar, 215 5ª planta.

08020 Barcelona.

Tel. 93 308 66 14. Fax 93 266 07 81

Correo-e: escola@edaverneda.org